

Gilberto López Castillo, *El poblamiento en tierras de indios cahitas. Transformaciones de la territorialidad en el contexto de las misiones jesuitas 1590-1790*, México, El Colegio de Sinaloa y Siglo XXI, 2010, 260 p.

Sinaloa una región por propio derecho

En un ensayo publicado en 1996 Sergio Ortega reflexiona sobre el quehacer de los historiadores cuyo objeto de estudio era y es el noroeste de México. En ese trabajo el doctor Ortega identifica el nacimiento de una corriente historiográfica y nos dice a todos que este acontecimiento podía observarse de la mejor manera en aquellos trabajos presentados, y más tarde publicados, ya como parte de las memorias de los Simposios de Historia y Antropología de Sonora o como libros y artículos en algunas revistas. Una corriente historiográfica, nos dice el doctor Ortega, que ha madurado lentamente en el seno de aquellas reuniones académicas anuales y que para su vigésimo aniversario ya se le podían reconocer algunos rasgos que la distinguían y le daban una fisonomía propia.

A los estudios de los fenómenos estructurales de larga duración los señala como la espina dorsal de esta manera de percibir el quehacer de los historiadores concentrados en descubrir las vicisitudes del devenir del noroeste mexicano. Los avances en el conocimiento demográfico, de los fenómenos culturales, de la historia económica regional, de la tenencia de la tierra y otros campos más, completan dicha fisonomía.

Como buen observador de los ambientes académicos y del quehacer de los interesados en los temas de la historia en general, Sergio Ortega, además, nos regaló algunas características con las cuales identifica a los personajes que están dando forma a esta corriente con sus libros, artículos y ponencias. Entre esas características menciona las siguientes: son estudiosos que tienen una mirada que se enfoca sobre la sociedad regional como el agente de esa historia y como objeto central de su esfuerzo, por lo tanto, la miran desde

dentro de la región con la intención de describir las dinámicas de la integración de la sociedad objeto de sus estudios. Siempre con el punto de partida de que se trata de sociedades con un proceso histórico propio, que coexiste con otras sociedades, pero que no son simples apéndices de algunas de ellas.¹

Me parece que el libro de Gilberto López Castillo se inscribe muy claramente en esa corriente historiográfica que identifica Sergio Ortega. Desde su título, *El poblamiento en tierras de indios cahitas*, coloca a este fenómeno estructural de larga duración como el hilo conductor que le permite identificar a dicho territorio como una región única en su contexto. Con ese marco siempre presente examina las políticas que siguieron tanto la monarquía española como la Compañía de Jesús para introducirse en un espacio que ocupaban grupos indígenas reacios a la dominación europea.

Característica esta última que lleva al autor a definir esos primeros contactos de los grupos indígenas con europeos y novohispanos dentro de la problemática de lo que se ha llamado la “Guerra Chichimeca”, por tratarse de procesos de conquista muy diferentes a los llevados a cabo en asentamientos con gran población como los del centro y sur de México. Procesos de conquista que también podrían denominarse de guerra de baja intensidad y de muy larga duración que, poco a poco, definieron la manera en la que los españoles y sus allegados se apropiaron de las tierras, de las aguas y del futuro de los grupos indígenas de esa enorme región extraordinariamente diversa en su naturaleza y, por lo tanto, con una variada y compleja realidad étnica denominada “Gran Chichimeca”.

Con esta definición el autor toma partido por los críticos de las tesis de Paul Kirchhoff relativas a la clasificación de las áreas culturales del norte de México con base en el patrón de subsistencia denominadas Aridoamérica y Oasisamérica. Se suma así a la perspectiva de Charles Di Peso y Beatriz Braniff, entre otros investigadores, que con el término de Gran Chichimeca “[...] buscan evitar el encajonamiento [del norte de México...] dentro de áreas culturales al referirse simplemente a una zona geográfica ubicada al norte del Trópico de Cáncer, cuyo común denominador de carácter ecológico es la aridez generalizada” (p. 47). Situación que permitió “la exis-

¹ Sergio Ortega Noriega, *Historiografía del Noroeste novohispano en las Memorias de los Simposios de Historia y Antropología de Sonora*. México, UNAM, 1996.

tencia de una variedad de tipos de adaptación humana que requirieron flexibilidad cultural para lograr la sobrevivencia.

Con estas premisas conceptuales, Gilberto López observa con claridad y le permite mostrar a sus lectores el proceso siguiente, es decir, el del acomodo de los recién llegados al territorio cahita y el desplazamiento de los diferentes grupos nativos. Un territorio donde convivían

[...] grupos sedentarios y agricultores, como la mayor parte de los [asentamientos indígenas] ubicados a orillas de los ríos Mocorito, Petatlán, Zuaque, Mayo y Yaqui, así como otros [grupos] fundamentalmente dependientes de la pesca y la recolección, como los pobladores de las vertientes de la Sierra Madre y los de las marismas, islas y penínsulas de la zona costera.

Diversidad y complementariedad de asentamientos indígenas, que lleva a pensar al autor en la existencia de una incipiente integración entre todos ellos. Sugerencia que tiene como sustento las investigaciones arqueológicas de John P. Carpenter y Ana María Álvarez, entre otros investigadores, que han mostrado al territorio cahita con una homogeneidad relativa en relación con otros ámbitos circunvecinos.

El territorio cahita

Vale la pena señalar que la investigación de López Castillo se refiere a la provincia que en la época colonial se le denominó Sinaloa, territorio que es diferente a lo que hoy conocemos como el estado del mismo nombre. Situación que puede confundir a aquellas personas que no estén muy familiarizadas con la historia del noroeste mexicano. Entonces, en términos generales, la Sinaloa colonial comprendería el norte de la Sinaloa actual y sur de lo que hoy conocemos como estado de Sonora; es decir que el territorio cahita estaba comprendido desde el río Mocorito al sur hasta el río Yaqui al norte, la Sierra Madre Occidental por el este y la costa del Pacífico por el oeste.

Con una buena variedad de fuentes y una selección adecuada de ellas, el autor nos lleva a conocer la dinámica social regional a partir de identificar a los actores que entraron en acción desde el

siglo XVI hasta finales del XVIII en una región donde sus particularidades tienen peso propio. Grupos indígenas específicos, dueños de una gran movilidad, pintaron con sus características la misión evangelizadora de los jesuitas. Por otra parte, religiosos con una visión propia de su quehacer empujaron y delimitaron una dinámica social particular en aquellos lugares, olvidando por momentos que eran parte de una organización más grande de donde emanaba el mandato para realizar su misión y que por esos olvidos impedían el avance colonizador. Además, la corona española con su burocracia y sus vasallos aportaron lo suyo en este juego de fuerzas legales, intelectuales, culturales y de intereses económicos.

El libro nos muestra como todos los actores sociales, moviéndose de acuerdo a sus circunstancias, transformaron el territorio donde actuaban y de esta manera el "territorio cahita", como parte de la Gran Chichimeca, deja de ser tierra de rancherías y pasa a ser "tierra de misiones", o frontera estratégica de la expansión europea. En este apartado el autor describe el tipo de frontera como un lugar ocupado por la sociedad criollo-mestiza, con una economía marginal que no corresponde a ningún modelo urbanizado. Lo señala, entonces, como un proceso muy diferente al modelo estadounidense que estaría definido por la expansión acumulativa de las olas de inmigrantes. Estaría más cercano a un "modelo latinoamericano, caracterizado por un movimiento centrífugo, de asentamientos humanos aislados con un lento proceso de poblamiento entre los núcleos originales" (p. 65)

Esta conversión del territorio de las rancherías cahitas en "tierra de misiones" trajo consigo el cambio del paisaje y de la geografía social. Los misioneros jesuitas modifican el patrón de asentamiento indígena que bien puede denominarse como de "rancherías dispersas" por un modelo centralizador. Sin dejar la práctica tradicional de establecerse en tierras ribereñas, la nueva tendencia fue la disminución del número de rancherías. Muchas de ellas fueron quemadas para poder reubicar a las poblaciones indias. Se utilizaron una diversidad de métodos de convencimiento, desde los más sutiles hasta el uso de las armas. Las fiestas, la construcción de iglesias y hasta las epidemias catastróficas ayudaron a los religiosos en su labor.

La primera mitad del siglo XVII, señala el autor, es de buenas relaciones entre misioneros y capitanes de presidios, de relaciones pacíficas y de aceptación de las naciones cahitas del contacto con los

grupos de pobladores recién llegados. Época de fervor religioso misional y de consolidación de la infraestructura jesuita, desde Roma hasta el noroeste novohispano. La llegada de más pobladores novohispanos fue consolidando algunos asentamientos permanentes de tal forma que la frontera misional cambió poco a poco, no sin dificultades, para dejar de ser frontera y convertirse en una región agrícola y ganadera abastecedora no sólo de los nuevos asentamientos fronterizos que fueron desplazándose más al norte, sino también de centros mineros cercanos, como el real de Álamos, o lejanos, como Parral o Cusihuiriachic, en Chihuahua.

Mientras que la segunda mitad del XVII se convirtió en una época de conflictos entre los actores del poblamiento regional lentamente se subió el tono en la discusión sobre el carácter que deberían jugar los misioneros y sus establecimientos en Sinaloa, sobre la relación de estos religiosos con los indios, sobre la administración económica de las misiones, sobre la necesidad de secularizar las mismas. Un ejemplo valioso de esta situación es el que documenta el autor relativo al trabajo del fiscal protector de indios de 1671, que en sus visitas pudo recoger los testimonios de los indígenas que se quejaban de maltratos, vejaciones, falta de pago de salarios, de rechazo a la vida misional, de la falta de libertad de movimiento, entre otras cosas.

Conforme se acercaba el fin del siglo XVII e iniciaba el XVIII, los cuestionamientos al sistema misional jesuítico aumentaron. Los choques con el obispado de Durango se vieron cada vez más agudizados por la falta de clérigos seculares en la región, pero de manera más seria en relación con la villa de Sinaloa por no ser misión, ni pueblo de indios y estar administrada religiosamente por los ignacianos. Los levantamientos de los indios pueblo de la provincia de Nuevo México, o de los tarahumaras en las provincias vecinas, anticiparon los brotes de rebeldía y rechazo a la presencia española y novohispana en tierras cahitas, protagonizadas por yaquis, mayos y fuerteños ya en el nuevo siglo. Estas manifestaciones de inconformidad cuestionaron fuertemente el corazón de la labor evangelizadora y mostraron claramente la libertad de movimiento de la que gozaban los grupos indígenas.

Para entonces, las tierras cahitas y las poblaciones nativas ya estaban incorporadas a una entidad más amplia denominada Nueva España y, por ella, al imperio español. Buena parte de los indios cahitas se habían incorporado a las actividades de los nuevos

pobladores, entre los que se contaban a los misioneros, militares, autoridades reales, buscadores de metales preciosos, agricultores, ganaderos y hasta indios tarascos y otomíes. Todos con procedencias muy diversas, desde la metrópoli hasta diferentes lugares de Nueva España.

Militares, autoridades reales y propietarios de ranchos y haciendas cada vez con mayores argumentos exteriorizaron el obstáculo en el que se habían convertido las misiones para un mayor poblamiento novohispano de la región, demandaron la secularización de las mismas, el reparto de tierras, el pago de diezmo de los indígenas, que los misioneros no pudieran tener ni tierras, ni ganados y que se permitiera a indios y pobladores novohispanos vivir mezclados. Tendencia que se convertiría en el hilo conductor de la política de poblamiento posterior a la real orden la expulsión de los jesuitas de todo el imperio español.

En una parte del libro, de manera muy apresurada, nos dice Gilberto López que se trata de una región agropecuaria donde la minería tiene un papel secundario en su poblamiento. Aquí me parecería justo hacer un replanteamiento de esta apreciación por dos cosas. La primera: porque la búsqueda de oro y plata por buscones y gambusinos no deja documentos y casi siempre este esfuerzo es previo al poblamiento novohispano de un lugar ocupado por población nativa. La segunda, al norte, este y sur, las tierras cahitas tienen zonas de explotación minera, no sólo eso, además la parte norte de la propia provincia de Sinaloa, considerada por el autor como tierra cahita, tiene al real de Nuestra Señora de la Concepción de los Álamos como principal referente minero y gran incentivo para el poblamiento novohispano de ese espacio.

Un elemento importante de las actividades de los nuevos pobladores es la apropiación de las tierras. Tanto los misioneros jesuitas, como los militares o autoridades reales y demás pobladores, poco a poco desplazaron de sus tierras a las comunidades nativas. En este sentido, la investigación de Gilberto López tiene una valiosa relación de propietarios y tierras. Describe una buena variedad de procesos legales y de ejemplos de apropiación y consolidación de asentamientos agropecuarios. Curiosamente, en esta parte el autor reconoce que dichos asentamientos buscaron "satisfacer las necesidades de productos agropecuarios de la actividad minera. La cría de ganado mayor, así como de mulas y caballos [...]. Algunas de

ellas [...] tuvieron el rango de haciendas, incluyendo los sentidos de hacienda de campo y hacienda de minas” (p. 114-115). Me parece entonces, que estamos ante una región agrominera.

En fin, el libro de Gilberto López llegó para consolidar una corriente historiográfica, una manera de ver y estudiar a las regiones del noroeste mexicano. Se trata de un aporte al conocimiento porque nos describe con bastante claridad las dinámicas sociales que en un tiempo y en un espacio concreto llevaron a integrar a una sociedad regional particular en la época colonial. Además, por la manera de delimitar su objeto de estudio y sus temporalidades, por la forma de exponer y organizar la información obtenida en una buena variedad de archivos y de la adecuada bibliografía existente para el caso. Bienvenida esta obra, que bien puede considerarse —como lo dice Rodrigo Moreno Jeri su presentador en la contraportada— un aporte a la historiografía del noroeste novohispano.

Edgar O. GUTIÉRREZ
Instituto Nacional de Antropología e Historia
Dirección de Estudios Históricos